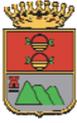


## Capítulo XIV

Cómo el comendador mayor de Castilla, viniendo de Italia con veinte y cuatro galeras cargadas de infantería, corrió tormenta y aportó a Palamós

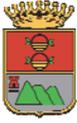
Mientras estas cosas se hacían en el reino de Granada, el comendador mayor de Castilla, que en cumplimiento de la orden de su majestad había embarcado a gran priesa la infantería española del tercio de Nápoles, y venía navegando hacia poniente con veinte y cuatro galeras, llegó al puerto de la ciudad de Marsella, en la costa de Francia; y partiendo con bonanza de allí, en entrando la noche comenzó a refrescar el viento narbonés, y se levantó una tormenta de mar tan grande, y con tanta fuerza de viento, que las galeras hubieron de disparar cada una por su cabo. La galera de Estéfano de Mar, ginovés, embistió en medio del golfo con otra galera por un costado, y salvándose la embestida, se abrió esta y se fue a fondo. Perdióse toda la gente desta galera y de otras tres que dieron al través. Otras aportaron a Cerdeña, donde, pasada la tormenta, llegó don Álvaro Bazán, marqués de Santa Cruz, con las galeras de Nápoles de su cargo, que había quedado para asegurar con ellas la costa de Italia, el cual reparó con brevedad cinco galeras de las que estaban destrozadas de la tormenta, y en ellas en las suyas embarcó los más soldados que pudo, y navegó la vuelta de Palamós, donde halló al Comendador mayor con su capitana y otras nueve galeras que habían seguido su derrota. Duró esta tormenta tres días sin cesar, y fue necesario aligerar, hasta venir a echar los soldados las armas y los vestidos a la mar; y llegó tan destrozada la capitana a Palamós, que los turcos y moros forzados tuvieron atrevimiento de quererse alzar con ella; mas fueron sentidos, y el Comendador mayor mandó hacer justicia de los más culpados; y proveyendo a la necesidad de los soldados, lo mejor y más brevemente que pudo partió la vuelta de poniente, y el marqués de Santa Cruz le dejó la infantería que traía de aquel tercio en sus galeras, y se tornó a levante. Traía el Comendador mayor en estas galeras doce compañías de soldados viejos, diez del tercio de Nápoles, una del de Piamonte y otra del de Lombardía. Los capitanes de las del tercio de Nápoles eran el maese de campo don Pedro de Padilla, don Alonso de Luzón, Pedro Bermúdez de Santis, Ruy Franco de Buitrón, Pedro Ramírez de Arellano, Antonio Juárez, el capitán Martínez, Alonso Beltrán de la Peña, el marqués de Espejo y el capitán Orejón. Destos diez capitanes llegaron a España siete, porque los dos postreros se quedaron en Nápoles, y enviaron sus compañías con sus alféreces; y el capitán Martínez se ahogó en la mar, y se dio su compañía a Carlos de Antillón, que era sargento mayor del tercio. De la de Piamonte era capitán Martín de Ávila, y de la de Lombardía don Luis Gaitán. Demás desta gente traía muchos caballeros y soldados aventureros, que venían a su costa por solo hallarse en esta jornada; los cuales habían llegado a tierra tan desnudos y desarmados, que fue bien menester tiempo y diligencia para repararlos y rehacer las compañías de gente, armas y vestidos. Siendo pues avisado el marqués de los Vélez de la venida desta gente y de la calidad della, tuvo tiempo de escribir a su majestad, suplicándole se la mandase dar, ofreciéndose que con ella y con la que tenía en Berja daría fin al negocio del rebelión; y su majestad le envió una orden en que mandaba que en llegando el Comendador mayor a surgir a la villa de Adra, dejase toda aquella infantería en tierra, para que la juntase con su campo; mas no hubo efeto esto, porque el Comendador mayor llegó a la playa de Adra el primer día del mes de mayo, y no se deteniendo allí más que una sola hora, pasó la vuelta de Almuñécar y a Vélez, donde hizo el efeto del fuerte peñón de Fregiliana, como diremos en su lugar. Dejémosle ir navegando, y vamos a los movimientos que hubo estos días en la sierra de Bentomiz.

## Capítulo XV



Que trata la descripción de la sierra de Bentomiz, y como los moriscos de Canilles de Aceituno comenzaron a levantar la tierra y cercaron la fortaleza

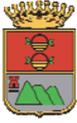
La sierra de Bentomiz cae en los términos de la ciudad de Vélez, y como atrás dijimos, es un brazo que se aparta de la sierra mayor por bajo de los puertos de Zalia, y va atravesando hacia el mar Mediterráneo. Tiene de largo desde su principio hacia la mar ocho leguas, y de ancho seis, más o menos por algunas partes. Toda esta tierra es fragosísima, aunque fértil, poblada de muchas arboledas, abundante de fuentes frías y saludables, de donde proceden muchos arroyos de aguas claras, que bajan acompañados entre las peñas y piedras de aquellos valles; y sacándolos en acequias por las laderas, riegan sus huertas y hazas los moradores. Es buena la cría del ganado en esta sierra porque gozan hermosos pastos de verano y de invierno. Cuando cargan los fríos y las nieves, los apacientan por los otros términos de la ciudad de Vélez, que son espaciosos y muy templados, los cuales tienen a poniente la jarquía de Málaga, a levante la tierra de Almuñécar, al cierzo la de la ciudad de Alhama y villa de Archidona, y al mediodía el mar Mediterráneo iberio. Hay por toda la sierra grandísima cantidad de viñas, y de la uva hacen los moradores pasa de sol y de lejía, que venden a los mercaderes septentrionales, que vienen a la torre de la mar de Vélez cada año a cargar sus navíos, y la llevan a Bretaña, Inglaterra y a Flandes, y de allí la pasan a Alemaña y a Noruega y a otras partes. Demás desto, la cosecha del trigo y de la almendra les vale mucho dinero, y cogen tanto pan, que les basta para su sustento. La cría de la seda es en cantidad y tan fina, que iguala con la mejor que entra en la alcaicería de Granada. Alcanza un cielo tan claro y tan saludable, que haciéndola amenísima, cría los hombres ligeros, recios y de tan grande ánimo, que antiguamente los reyes moros los tenían por los más valientes, más sueltos y de mayor efeto que había en el reino de Granada, y ansí se servían dellos en todas las ocasiones importantes. Tenía veinte y dos lugares poblados de gente rica, cuyos nombres, comenzando a la parte de la mar, son estos: Torrox, Lautin, Periana, Algarrobo, Cuheila, Arenas, Bentomiz, Daimalos, Nerja, Competa, Fregiliana, Sayalonga, Salares, Curumbila, Batarjix, Arches, Canilles de Albaide, Benesscaler, Sedella, Rubite, Canilles de Aceituno y Alcaucín. Está en Canilles de Aceituno una fortaleza importante, y el marqués de Comares, cuya es, tenía por alcaide della a un Gonzalo de Cárcamo, hombre cuidadoso y de mucha confianza, noble, de los Cárcamos de Córdoba; el cual siendo avisado del alzamiento de la Alpujarra, y teniendo la fortaleza mal reparada, aportillados los muros por muchas partes, escribió luego al marqués de Comares sobre ello, y mientras le venía gente y orden para repararla, metió dentro los cristianos que moraban en el lugar con sus mujeres y hijos. El marqués le envió sesenta soldados y cantidad de munición, y orden para que hiciese a los moriscos que reparasen los muros, los cuales lo hicieron dando peones y bestias que trabajasen en traer materiales, por manera que en poco tiempo la puso en defensa, sin que hubiese el menor estorbo del mundo, porque había entre aquellos serranos muchos hombres de buen entendimiento, que, disimulando su negocio, mostraban estar llanos en el cumplimiento de las premáticas, aunque les fatigaba demasadamente lo de la lengua. Estando pues con muestra de pacificación y quietud, parece que vino a desasosegarlos un moro de los que escaparon de las Guájaras, llamado Almueden. Este tenía su mujer captiva en poder de un cristiano vecino de Canilles de Aceituno, y con deseo de verla y de tratar de su rescate, por intercesión de algunos amigos fue con una cuadrilla de moros a un molino que estaba cerca del lugar, en el camino de Sedella, encubierto hacia la parte de la sierra, donde le fueron a ver los vecinos de aquellos lugares, unos por conocimiento, y otros por saber lo que pasaba en la Alpujarra. Viniendo pues a tratar de negocios del rebelión, el moro que los vio inclinados a novedad, los persuadió mucho a que se alzasen, ofreciéndoles que haría con Aben Humeya que les enviase socorro, y aun se lo traería él mismo si fuese menester; y contándoles



### La batalla del Peñón de Frigiliana

Extraída del libro "Historia de la rebelión y castigo de los moriscos del Reino de Granada" de Luis de Mármol y Carvajal

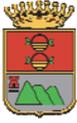
fabulosamente prósperos sucesos, muertes de tantos cristianos como habían muerto los moros en Válor y en otras partes, y grandes socorros de Berbería, despertó los ánimos de aquellas gentes, y los alborotó de manera, que no veían la hora de estar ya con ellos. Solo un morisco, regidor de Canilles de Aceituno, llamado Luis Méndez, entre deseo y temor les aconsejó que por ninguna manera se alzasen mientras el Albaicín estuviese en pie, porque sería destruirse; mas aunque se conformaron con su parecer, no dejaron los mancebos de quedar alborotados. Estaba con Almueden otro monfí natural de Sedella, llamado Andrés el Xorairan, y deseando hacer algún salto antes que se fuesen, preguntaron dónde podrían ir que le hiciesen a su salvo; los de Canilles le dijeron que en la venta de Pedro Mellado, que estaba al pie del puerto de Zalia, había un ventero rico que tenía mucho dinero; mas que sería menester ir cantidad de gente, porque andaba por allí una cuadrilla de soldados de Vélez, y podría ser topar con ella; y ofreciéndosele que le irían a acompañar así ellos como los de Sedella y de otros lugares convecinos, con acuerdo que solamente entrasen los forasteros en la venta, se juntaron más de sesenta hombres armados de ballestas y escopetas. Y un sábado en la noche, a 23 días del mes de abril de 1569 años, fueron a emboscarse entre unos cerros, no muy lejos de la venta, y otro día domingo, ya bien tarde, viendo buena ocasión para hacer su salto, dejando la gente de la sierra en atalaya, bajó el Xorairan con veinte monfís forasteros a dar en la venta, y hallando las puertas abiertas, y a Pedro Ruiz Guerrero, que así se llamaba el ventero, y a otro soldado llamado Domingo Lucero, sentados en un poyo con sendos arcabuces en las manos, creyendo que toda la cuadrilla estaba dentro, tornaron a salirse fuera, y los dos cristianos tuvieron lugar de subirse a un sobrado, donde se hicieron fuertes, llevando consigo a la ventera y a una hija suya niña, porque no pudieron recoger a los demás. Luego tardaron los moros a entrar, y a vuelta dellos alguno de los de Canilles de Aceituno, y pusieron fuego a la venta, amenazando a los venteros que si no les daban el dinero que tenían los quemarían vivos. La ventera, con temor de la muerte, bajó luego y les dio una arquilla con cien ducados; y teniéndolos en su poder el Xorairan, echó mano della y le dijo que si no le daban también las armas, la matarían; la cual con muchas lágrimas las pidió a su marido, mas no las quiso dar, diciendo que había de morir con ellas en las manos. Estando pues en este debate, llegó la cuadrilla de Gaspar Alonso, vecino de Vélez, que andaba asegurando aquel peso, y comenzando a disparar algunos arcabuces contra los moros que estaban en atalaya, trabaron una ligera escaramuza con ellos, que solamente aprovechó a que los que estaban dentro de la venta se saliesen fuera, llevando robado lo que en ella había. En este tiempo los dos cristianos tuvieron lugar de salir al campo: el soldado tomó de la mano la niña y la escondió detrás de una mata, y él se escapó lo mejor que pudo, y lo mesmo pudiera hacer el ventero; mas oyó dar voces a su mujer que la estaban hiriendo los enemigos de Dios, y queriéndola favorecer le mataron también a él, y no les quedando más que hacer, se retiraron a la sierra, dejando nueve personas muertas en la venta. Era alcalde mayor de la justicia en la ciudad de Vélez el bachiller Pedro Guerra, vecino de Málaga, el cual luego como supo lo que los monfís habían hecho en la venta, hizo información deste delito, y resultando culpa contra muchos vecinos de Canilles de Aceituno y de Sedella, Salares y Curumbila, procedió contra ellos, y valiéndose de la provisión que dijimos que ganaron los alcaldes de la chancillería de Granada para que las justicias realengas pudiesen entrar a prender los delincuentes en lugares de señorío, determinó de ir a prender los de Canilles de Aceituno, y llevando consigo al capitán Luis de Paz con los caballos de su compañía, y otra mucha gente por ciudad, fue a amanecer entre dos albas sobre el lugar, sin haber prevenido al alcaide Gonzalo de Cárcamo, que también era alcalde mayor de la justicia, del negocio que iba a hacer. Teníase aviso en Granada como Aben Humeya enviaba siete mil moros hacia poniente en favor de los de la sierra de Bentomiz, jarquía y hoya de Málaga, para que alzasen todos aquellos pueblos, y que había echado fama que tenía cartas de Aluch Alí, gobernador de Argel por el Gran Turco, en que prometía de venirle a socorrer brevemente. Y porque se entendía que para recibir los navíos de los turcos



### La batalla del Peñón de Frigiliana

Extraída del libro "Historia de la rebelión y castigo de los moriscos del Reino de Granada" de Luis de Mármol y Carvajal

procuraría ocupar alguna plaza marítima, había escrito don Juan de Austria a la ciudad de Vélez que estuviese sobre aviso, por ser aquel lugar cómodo para la pretensión del enemigo, y con esto el cabildo había hecho diligencia con los alcaides de los castillos de su partido, y especialmente había escrito a Gonzalo de Cárcamo, diciéndole cómo mandaba poner doce hombres en la cumbre de un alto cerro junto con el castillo de Bentomiz, de donde se descubre la ciudad y la fortaleza de Canilles de Aceituno, para que estuviesen de día y de noche en centinela; y que si acaso viniesen moros a cercarle, o supiese que entraban por aquella parte, siendo de día hiciese tres ahumadas en la torre del homenaje y de noche tres fuegos; y que en respondiéndole los del cerro, entendiese tener la ciudad aviso para socorrerle; y que siendo los moros muchos hiciese muchas ahumadas o echase abajo muchos hachos ardiendo, y que lo mesmo entendiese que había de hacer si supiese que se levantaba la tierra; y él había mandado a los moriscos que pusiesen cada noche centinelas al derredor del lugar, y que si viesen venir algún golpe de gente, le avisasen; los cuales lo hacían con toda diligencia, dando a entender que les pesaba que viniese gente forastera a desasosegarlos. Llegando pues el licenciado Pedro Guerra con más de seiscientos hombres a la hora que dijimos, con intento de cercar el lugar y entrar a hacer sus prisiones, los que iban delante dieron con el cuerpo de guardia de los moriscos, que estaba par de a una cruz donde se juntan los caminos que van de Vélez y de Granada, y sospechando mal de aquella diligencia, sin más aguardar dieron en ellos, y hiriendo a uno, hicieron ir huyendo a los demás, y no parara el negocio en tan poco si el Alcalde mayor y el capitán Luis de Paz y Beltrán de Andía, regidor de aquella ciudad, que llevaba el cargo de la infantería, no detuvieran la gente con grandísimo trabajo de sus personas, porque cierto saquearan y destruyeran el lugar, según la indignación con que iban. El alcaide luego que sintió el rebato se puso en arma con la poca gente que tenía en la fortaleza, entendiendo que había moros forasteros en la tierra; y cuando supo que era la justicia de Vélez, procurando apaciguar el pueblo, requirió al Alcalde mayor que no entrase dentro, ni quebrantase la jurisdicción del marqués de Comares, ni le alborotase los vecinos que estaban quietos, haciéndole muchas protestaciones sobre ello, y con todo eso no pudo acabar que dejase de entrar con alguna gente, y prendiendo ocho moriscos, se volvió con ellos a Vélez. Luego los examinó en riguroso tormento, y de sus confesiones resultaron mucho número de culpados, así de Canilles como de otros lugares de la sierra; y haciendo prender algunos dellos y darles tormento, comenzó a hacer justicia. Y procediendo en el castigo a 22 días del mes de mayo de aquel año, envió su requisitoria al alcaide de Canilles de Aceituno, pidiéndole que prendiese cuatro moriscos que resultaban culpados, y los entregase a Alonso González Enríquez, vecino de Vélez, que con cuarenta soldados de su cuadrilla iba a traerlos; el cual los prendió luego y se los entregó, uno de los cuales era aquel morisco regidor llamado Luis Méndez, que dijimos que se halló en la junta del Molinillo, y otros viejos, cuya prisión sintieron tanto todos los vecinos, que algunos convocaron gente para salirlos a quitar en el camino; mas el cuadrillero puso tanta diligencia, que salió de aquellas sierras con ellos antes que llegasen a hacer el efeto. Estando pues la tierra alterada con estas prisiones, otro día lunes, viniendo un soldado de hacia la ciudad de Vélez con su arcabuz en el hombro, le tiraron una saetada desde una mata, que le cosieron las dos faldas del capotillo con la saeta, y el fin desto fue, que dos moriscos de los que andaban ya alborotados se pusieron en aquel paso aguardando algún cristiano desmandado de los que iban y venían a Vélez, para matarle y quitarle el arcabuz, y armarse el uno dellos con él. Mas no les sucedió como pensaban, porque el soldado les hizo rostro, y pasó por ellos sin que le enojasen, y fue a dar aviso a Gonzalo de Cárcamo, el cual, queriendo reconocer si había gente de mal vivir en la tierra, envió un cabo de escuadra llamado Martín Núñez con catorce arcabuceros, mandándole que no se alargase mucho, por si fuese menester retirarse con tiempo a la fortaleza. Los soldados fueron a dar con un morisco mancebo que estaba echado debajo de un olivo con una espada en la mano, y caminando hacia él, se levantó, y subió huyendo por una loma arriba que llaman Embarc

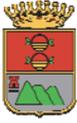


Alahauyz, dando voces en algarabía y diciendo: «Valientes, favorecedme». Luego salieron de la hoya de una umbría más de doscientos moros, y delante dellos el Xorairan y otro capitán llamado Aben Audalla, con una bandera nueva de tafetán colorado, y cargando sobre los nuestros, los fueron siguiendo la vuelta del lugar. El cabo de escuadra y los que guiaron tras dél, por trochas y veredas que sabía, se salvaron en la fortaleza, y cuatro cristianos que tomaron por diferente camino fueron muertos. Entrando pues los moros de golpe por las calles, las moriscas comenzaron a llorar y a dar voces viendo que les decían los monfís que dejasen sus casas y caminasen a la sierra, y muchos moriscos se defendieron diciendo que los dejasen estar, porque no querían alzarse ni ir a otra parte. En este tiempo el alcaide tuvo lugar de recoger los vecinos cristianos que estaban fuera de la fortaleza, y entre ellos algunas casas de moriscos que acudieron a favorecerse dél; y echando fuera veinte peones que andaban en el reparo de los muros, se puso en defensa. Entendiose no haber sido cosa acordada entre todos los vecinos este levantamiento, y estar la mayor parte dellos ignorantes dél sino que los ofendidos, juntándose con aquellos hombres perdidos, lo comenzaron; porque si otra cosa fuera, cuando el cabo de escuadra y los otros soldados entraron huyendo por las calles del lugar, perdidos todos de cansancio y sin aliento, pudieran matarlos a su salvo y tomarles las armas; y no solamente no lo hicieron, antes los ayudaron y favorecieron hasta ponerlos en la fortaleza. Aun no era bien acabado de alzar el pueblo, cuando pareció en la plaza del lugar una bandera de tafetán colorado, ya deslucida de vieja, con unas lunas verdes muy grandes, y después se supo que la tenía guardada Francisco de Rojas, morisco de aquel lugar, que había sido de sus pasados en tiempo de moros, y la habían traído en las guerras de la serranía de Ronda; y al mismo punto pareció otra bandera blanca que pusieron en un peñón alto que está sobre el lugar a la parte de Sedella, donde llaman *Haxar el Aocab*, que quiere decir la piedra del Águila, para desde allí dar aviso en viendo que acudía la gente de Vélez; y por bravosidad se pusieron todos los mancebos y gandules las mangas de las marlotas de las moriscas en la cabeza, y tocas blancas a derredor para parecer turcos, y enviando las mujeres con los muebles y ganados al peñón que está encima del lugar de Sedella, cercaron el castillo, y le combatieron todo aquel día hasta que vino la noche, defendiéndose el alcaide valerosamente, con treinta y dos cristianos que tenía dentro, los veinte soldados, y los doce de los vecinos del lugar, porque los demás se habían ido. Este mismo día se alzaron los de Sedella y Salares y se juntaron.

## Capítulo XVI

Cómo Arévalo de Zuazo, corregidor de Vélez, socorrió la fortaleza de Canilles de Aceituno

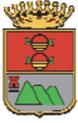
No se descuidó Gonzalo de Cárcamo en hacer ahumadas luego que los moros alzaron el lugar; mas como hacía el sol recio y el día muy claro, no las determinaron los soldados de Vélez que estaban de centinela en el cerro que dijimos, o por ventura estuvieron descuidados. Y viendo que no le acudían con el contraseño, las mujeres, que se veían cercadas, comenzaron a afligirse, y con muchas lágrimas le pidieron que enviase algún hombre de los que allí estaban a dar aviso a la ciudad para que les fuese socorro; y aun ellas mismas rogaron a un morisco llamado Juan Navarro, que estaba preso por deudas, que fuese a hacer aquel efeto, prometiéndole mucha gratificación por ello, el cual se ofreció de ir y volver con la respuesta. Y el alcaide, pareciéndole que en caso que no hiciese lo que prometía se aventuraba poco tener



### La batalla del Peñón de Frigiliana

Extraída del libro "Historia de la rebelión y castigo de los moriscos del Reino de Granada" de Luis de Mármol y Carvajal

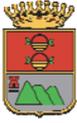
un enemigo más en el campo, escribió una carta al cabildo de la ciudad de Vélez, y encargándole que hiciese el deber, porque haría bien su negocio, se la cosió en las espaldas en el aforro del sayo; y mientras los moros andaban embebecidos en sacar los muebles de las casas y enviar las mujeres al fuerte de Sedella, tuvo lugar de echarle por el postigo de la puerta de la fortaleza, diciéndole que si los moros le preguntasen algo, dijese que iba huyendo. El cual entró corriendo por las calles del lugar como hombre que se había soltado de la prisión; y encontrando tres moros, que le preguntaron cómo venía de aquella manera, les dijo que por amor de Dios le favoreciesen, que iban los soldados tras dél; y con esto no solamente le dejaron pasar, mas animándole a proseguir su camino, le encaminaron a la plaza, donde estaba otro hermano suyo con la bandera de los moros, y diciéndoles que quería ir primero por una ballesta que tenía escondida, tomó por el río de Laguiz abajo, y fue a salir al camino de Vélez; y avisando a los cristianos de los molinos y a otras personas como la tierra estaba alzada, llegó a la ciudad y dio la carta a Arévalo de Zuazo, que había venido allí de Málaga a poner cobro en la ciudad por otra carta de aviso que de don Juan de Austria tenía, y andaba entendiendo en hacer algunos reparos, donde se asegurasen los vecinos dentro de los aporillados muros. El cual, deseando saber si era el levantamiento de solos los vecinos, o si habían venido forasteros a levantar la tierra, antes que se determinase de hacer el socorro quiso enviar el propio morisco a Gonzalo de Cárcamo para que le avisase qué gente era la que había en la sierra; mas él no se atrevió a ir aquel día porque venía muy cansado. Estando pues todo el cabildo suspenso por no tener certinidad de cosa tan importante, temían por un cabo que si salía la gente de guerra a hacer el socorro de Canilles, que está tres leguas grandes de allí, podrían los moros de los otros lugares de la sierra acudir a la ciudad a tiempo que hiciesen algún efeto; y por otro deseaban socorrer aquella fortaleza, porque no se perdiese delante de sus ojos. Queriendo al fin saber lo que había, a trueco de esperar un día más, mandó el concejo de Bena Mocarra que enviase luego dos moriscos de confianza con una carta del Corregidor para Gonzalo de Cárcamo, en que le decía que avisase si los que habían alzado el lugar eran los moros que se aguardaban de la Alpujarra, o si eran solos los vecinos, y qué gente le parecía que sería menester para socorrerle. Con esta carta fueron dos moriscos vecinos de aquel lugar, llamados Hernando el Zordi y otro, con orden que llegasen de noche por la parte baja de la fortaleza y la diesen al alcaide; y para que con más seguridad lo pudiesen hacer, les mandaron que llevasen dos arcabuces y sus espadas. Llegando pues cerca del lugar por la parte que les pareció que serían menos sentidos, dieron en el cuerpo de guardia y centinela que los monfís forasteros tenían; y aunque les hablaron en su lengua y les dijeron que eran de los alzados, dándoles poco crédito, quisieron matarlos, diciendo que iban con algún engaño; y librarán mal si no acertara a llegar allí un moro del propio lugar de Canilles, llamado Francisco Tauz, el cual conoció al Zordi y le abonó, diciendo que era hombre de crédito, y que no sería acertado hacerles mal, porque por la misma razón no habría quien osase venirse a ellos. También el Zordi, hombre astuto, les dijo que los de Bena Mocarra los enviaban a saber si era verdad que la sierra estaba alzada, porque querían hacer ellos lo mismo si les enviaban alguna gente de socorro que les hiciese escolta, [-267→](#) porque como estaban desarmados, tenían miedo de los de Vélez. Oyendo estas palabras el Tauz, comenzó a dar saltos de regocijo, preguntándole muchas veces si era verdad lo que decía; y como le afirmase que sí, dijo a los monfís que mejor ni más alegre día no podía venir a los moros que saber que Bena Mocarra se quería levantar, porque no quedaría lugar en la jarquía y hoya de Málaga que no hiciese luego otro tanto. Y aplacándose con esto los forasteros, llevaron los dos moriscos a su capitán Xorairan, los cuales le dieron su recaudo fingido, que no les valió menos que las vidas; y supieron decírselo de manera, que les dio crédito; y alegrándose con ellos, les mandó que volviesen a Bena Mocarra y dijesen a los vecinos que dentro de tres días les daba su palabra de socorrerlos con más gente de la que pensaban. Cuando el Zordi le oyó decir aquellas palabras, entendiendo que esperaba alguna gente de fuera, le replicó: «Señor, no entiendo que podrán



#### La batalla del Peñón de Frigiliana

Extraída del libro "Historia de la rebelión y castigo de los moriscos del Reino de Granada" de Luis de Mármol y Carvajal

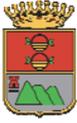
aguardar tanto, porque tienen ya liada la ropa; y si los de Vélez los sienten, los degollarán». Al moro pareció bien lo que decía, y estuvo un rato suspenso; y luego dijo que se fuesen, y les dijese que otro día por la mañana les haría escolta con docientos gandules valientes, que ninguno volvería el rostro a diez de los de Vélez, y que no habría falla en ello; y que por señas ponía en amaneciendo una bandera colorada encima del molino que dicen del Poaype para que supiesen que estaba aguardándolos; y haciéndoles dar muy bien de cenar, los despidió con aquella buena nueva. Otro día amaneció en el lugar un silencio tan grande, que parecía no haber quedado criatura viva en él, y los soldados quisieran salir de la fortaleza a recoger lo que los moriscos habían dejado en las casas; mas el alcaide, recelando algún engaño, no lo consintió, por mucho que le importunaron; y enviando otro morisco que se había recogido con su mujer y hijos a la fortaleza a que viese si los enemigos se habían ido, en entrando por la puerta del lugar fue preso y llevado al Xorairan, diciendo que era cristiano, pues se había recogido con los cristianos; el cual mandó que le llevasen al fuerte de Sedella y que le entregasen al cadí que ya tenía puesto de su mano para ejecución de la justicia. Queriendo pues cumplir la palabra que había dado a los de Bena Mocarra, envió delante su bandera colorada con diez moros a que la pusiesen en el viso de Fax Alaviz sobre una piedra que llaman *Haxar Alabracana*, que quiere decir la piedra de la Cornicabra, lugar alto y relevado, adonde se podía devisar muy bien; y recogiendo más de quinientos moros, bajó luego a juntarse con ellos para en viniendo la noche ir a emboscarse sobre el molino del Poaype, como había dicho. Dejó en el lugar a un moro, llamado Alonso Montical, con otro golpe de gente del pueblo y de Sedella y de otras partes, que habían acudido allí sabiendo que Canilles se había alzado, con orden que no cesase de combatir los cercados mientras iba a hacer el efeto de Bena Mocarra y volvía. Este combate fue muy recio y duró más de dos horas, defendiéndose el alcaide y los que con él estaban valerosamente, y al fin se retiraron los moros dél con daño dos horas antes del mediodía. Habíanse tardado el Zordi y su compañero más de lo que quisieran en llevar la nueva de lo que pasaba a la ciudad de Vélez, deteniéndolos la importunidad de los moros que acudían a certificarse dellos si era verdad que se querían alzar los de Bena Mocarra, porque era grande el contento que todos tenían dello, y estaba el Corregidor con cuidado, sospechando si los habían muerto o si se habían quedado con los moros. Y haciendo llamar al morisco que había llevado la carta del alcaide, le dio otra del tenor de la que le habían dado, y lo encargó mucho que procurase darla con toda brevedad, y volver luego con la respuesta. El cual llegó al tiempo que los moros se retiraban del combate; y poniéndose detrás de un olivo, algo arredrado de la fortaleza, hizo señal con la capa para que le asegurasen hasta llegar a ella; y el alcaide le entendió y le aseguró, mandando poner los arcabuceros hacia aquella parte, de manera que pudo llegar seguro a un lienzo del muro, donde estaba una ventana grande; y subiéndole con una sogá arriba, el alcaide leyó una carta que llevaba, y luego le envió con otra en respuesta della, avisando a Arévalo de Zuazo que no había más moros que los de la tierra y pocos forasteros con ellos hasta aquel punto. Mas ya cuando el morisco llegó a la presa del río de Vélez, le encontró que iba a hacer el socorro con más de quinientos hombres de a pie y de a caballo, porque los dos moriscos de Mocarra habían llegado y dádole cuenta muy particular de lo que pasaba. Descubrieron nuestra gente los cercados, y los cercadores a un mesmo tiempo, y abatiendo los moros la bandera blanca que tenían puesta en la peña del Aguila, el Montical y los que con él estaban dejaron el cerco y salieron huyendo la vuelta de la sierra; y el Xorairan se volvió al puerto de Sedella, y de allí se fue a meter en el peñón; por manera que cuando el socorro llegó ya no había moros con quien pelear: mas pudiérase hacer mucho efeto si los siguieran, porque iban todos desbaratados y perdidos de miedo. Un escudero, llamado Diego Moreno, con otros compañeros se adelantó y pasó buen rato; mas el Corregidor le mandó que se retirase, contento con haber socorrido la fortaleza; y haciendo sacar cien mujeres y niños que había dentro, dejó veinte soldados al alcaide, y volvió aquella noche a Vélez, y los moros se metieron en su fuerte.



## Capítulo XVII

### Cómo Competa y los otros lugares de la sierra de Bentomiz se alzaron, y se recogieron al fuerte peñón de Fregiliana

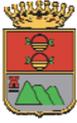
Alzados los vecinos de Canilles de Aceituno, Sedella y Solares, los de Competa y de los otros lugares de la sierra de Bentomiz hicieron lo mismo, movidos por Martín Alguacil, vecino de Competa, hombre noble y de mucha autoridad entre ellos, por ser el principal del linaje de los Alguaciles, que en tiempo de moros tuvieron mando en aquella tierra. Este morisco daba a entender que era buen cristiano y muy servidor de su majestad; y con este nombre se hacía confianza de él, y se le encomendaba el repartimiento de la farda que pagaban los moriscos de aquel partido; y el presidente don Pedro de Deza les había cometido a él, y a Bernardino de Reina, regidor de Vélez, que también era de su nación, y tenía cargo de repartir la farda en la jarquía de Málaga, que distribuyesen los mantos y sayas de la limosna de su majestad entre las viudas y mujeres pobres, encargándoles que animasen aquellos pueblos a que dejasen el traje y hábito morisco, y se conformasen con las premáticas. Los cuales en esto habían hecho buen oficio, y se tenía entendido que por respeto de Martín Alguacil estaba la sierra de Bentomiz en pie; el cual había venido aquellos días a Vélez, y de su propia autoridad había hecho un protesto ante la justicia, diciendo que era buen cristiano, y que protestaba de vivir y morir en la fe de Jesucristo, y de servir bien y fielmente, como leal vasallo de su majestad, en todo lo que se le mandase. Mas era con engaño, porque supo que la ciudad trataba de traer algunos vecinos de los principales de la sierra, y detenerlos para que los otros no se alzasen; y sabiendo que había de ser él uno dellos, hizo aquella diligencia para poderse descabullir; y así fue que se tornó luego a Competa; y enviándole después a llamar Arévalo de Zuazo, para animarle a que perseverase en lealtad, y lo procurase con los vecinos, no quiso ir, y trató de levantar la tierra; y juntando los vecinos de Competa y de otros pueblos comarcanos, les hizo un razonamiento desta manera: «Hermanos y amigos, que pensábades estar libres de los trabajos desta malaventura que los alpujarreños han movido: bien veis el pago que se nos da en premio de nuestra lealtad, pues, por no desatino que hicieron los monfís forasteros en compañía de algunos mozos livianos y de poco entendimiento en la venta de Pero Mellado, quiere la justicia de Vélez destruirnos a todos, no se contentando con haber hecho morir muchos de nuestros amigos y parientes, que sabemos que ni fueron en ello ni aun lo supieron, haciendo que se condenasen ellos mismos con crueles invenciones de tormentos; y como les pesase de ver que estando toda la nación morisca alborotada, solo nosotros estemos quietos en nuestras casas, veis aquí una carta en que me envía a llamar el Corregidor. Yo entiendo que es para prenderme y hacerme morir, porque no tiene otro negocio conmigo, ni yo con él. También envía a llamar a Hernando el Darra. La muerte es cierta: yo pienso emplearla donde a lo menos no quede sin venganza, defendiendo nuestra libertad. Si muriésemos peleando, la madre tierra recibirá lo que produjo; y al que faltare sepultura que le esconda, no le faltará cielo que le cubra. No quiera Dios que se diga que los hombres de Bentomiz no osaron morir por su patria. Aben Humeya está poderoso; ha tenido muchas vitorias contra los cristianos; viénele gente de África en socorro; el gran señor de los turcos le ha prometido su favor; espéralo por momentos. Toda Berbería se mueve a defendernos. Venga pues, señoréenos a todos, y démosle obediencia; que los cristianos por moros declarados nos tienen; y no demos lugar a que rompiendo la equidad de las leyes, ejecuten solamente el rigor, llevándonos a la horca uno a uno». Hasta aquí dijo Martín Alguacil; y loando todos su parecer, le respondieron que demasiada paciencia había sido la que habían tenido, sujetos a tantos agravios como se les habían hecho; y sin más aguardar, tomaron las armas que tenían escondidas, y ataviándole a él



#### La batalla del Peñón de Fregiliana

Extraída del libro "Historia de la rebelión y castigo de los moriscos del Reino de Granada" de Luis de Mármol y Carvajal

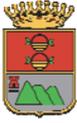
con ricos almaiases de seda y oro, como a hombre santo, le pusieron sobre una mula blanca, y llegaron todos a besarle la mano y la ropa. El cual declaró luego su corazón con las manos puestas y los ojos fijos en el cielo, diciendo: «Bendito y loado seáis vos, Señor, que me dejastes ver este día». Allí nombraron capitanes particulares de cada lugar; y pareciéndoles que estarían mejor todos juntos en el peñón de Fregiliana, que era muy fuerte y cerca de la mar, enviaron a decir a los del fuerte de Sedella que se viniesen a juntar con ellos. Los cuales, confiados en la vana devoción que tenían con los sepulcros de cuatro morabitos que decían estar enterrados en la Rabita de Canilles de Aceituno, que está junto al fuerte, no querían desamparar el sitio hasta que, enviándoles gente y bagajes, los obligaron a no hacer otra cosa contra la voluntad de un moro viejo, llamado el Jorron de Leimon, que les decía que por ninguna cosa lo dejasen, porque era lugar dichoso, donde habían tenido siempre felices sucesos los moros con la protección de aquellos santos, y que esto se hallaba por sus escrituras. El cual, viendo que no le aprovechaban sus amonestaciones, y que holgaban más de obedecer a la voluntad de Martín Alguacil, dio tantas voces sobre ello, que vino a perder el juicio y juntamente la habla y el sentido. Habiéndose pues juntado todos en Competa, nombraron por su caudillo y capitán general a Hernando el Darra, que tenía entre ellos opinión de muy noble, porque sus pasados en tiempo de moros eran alcaides y alguaciles de Fregiliana. Nombraron tres alfaquís para consejeros en las cosas temporales y de religión, uno de Sedella y otro de Salares, y el tercero de Daimalos. No hicieron daño estas gentes en los cristianos sus vecinos, porque con la sospecha que se tenía, se habían puesto todos en cobro; y los beneficiados que habían quedado entre ellos los enviaron a Vélez, entre los cuales fue uno Cristóbal de Frías, beneficiado de Competa, el cual se había metido en la torre de la iglesia con otros tres o cuatro cristianos. Y Martín Alguacil, queriéndose disculpar de aquel hecho con los de Vélez, y darles a entender que el levantamiento había sido contra su voluntad, forzados de los moros forasteros, y que había muchos en la tierra, para que la ciudad no saliese a ellos hasta ponerse en cobro, hizo pasar la gente al derredor de la iglesia, haciéndoles mudar las armas y los vestidos porque pareciesen muchos; y cuando hubo hecho esto tres o cuatro veces, llegándose a la torre, llamó al beneficiado, y le dijo que estuviese de buen ánimo, porque no consentiría que se le hiciese agravio a él ni a los que con él estaban; que se fuesen a Vélez seguramente y dijesen a los ciudadanos que Gironcillo con gente forastera había levantado la tierra, y que a los de Bentomiz les pesaba mucho, porque siendo buenos cristianos y leales servidores de su majestad, no quisieran que de su parte hubiera novedad; y que les certificasen que no les harían daño a ellos ni a sus cosas, antes procurarían todo su bien como amigos y vecinos. Y dándoles algunos hombres armados que los acompañasen, los envió a la ciudad de Vélez, y él con todas las mujeres, ganados y ropa se fue a meter en el fuerte de Fregiliana.



## Capítulo XVIII

Cómo Arévalo de Zuazo juntó la gente de su corregimiento y fue contra los alzados de la sierra de Bentomiz; y la descripción del peñón de Fregiliana

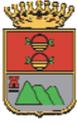
Cuando el beneficiado Cristóbal de Frías se vio en Vélez, dio muchas gracias a Dios por haberle librado del peligro en que se había visto; y hallando la ciudad alborotada, que se andaba la gente aprestando para salir aquella noche a la sierra, no teniendo aun perdido el miedo, exageraba las fuerzas de los alzados mucho más de lo que eran, diciendo que estaba la tierra llena de moros forasteros. Y aunque algunos de los compañeros que venían con él deshacían aquel temor, afirmando que la gente que había pasado al derredor de la iglesia tantas veces estando ellos dentro, eran unos mismos hombres, que habían conocido muchos dellos, y que el astuto moro lo había hecho de industria para que la ciudad entendiese que había venídoles socorro de la Alpujarra; el Corregidor suspendió la salida por aquella noche, no se determinando a quién daría más crédito. Mas otro día luego siguiente, haciendo instancia la ciudad sobre ello, y habiendo venido dos compañías de la ciudad de Málaga, cuyos capitanes eran don Pedro de Coalla, y Hernando Duarte de Barrientos, con esta gente y la de la ciudad, que eran otros ochocientos infantes y cien caballos, y capitanes de la infantería Alonso Zapata, Beltrán de Andía, Marcos de la Barrera y Juan Moreno de Villalobos, y de la caballería Luis de Paz, los unos y los otros regidores de aquellas ciudades, partió de la ciudad de Vélez a 27 días del mes de mayo de este año, y aquella noche fue al lugar de Torrox, que está en la marina, donde despunta la sierra de Bentomiz en la mar, y los moriscos deste lugar se habían recogido con su ropa, mujeres y hijos en la iglesia, diciendo que eran cristianos; y cuando vieron asomar las banderas con tanto número de gente, quisieron meterse en el castillo; y no los queriendo acoger los cristianos que había dentro, caminaron la vuelta de la sierra y se fueron a juntar con los alzados. Nuestra gente se alojó aquella noche en Torrox, y allí llegaron ciento y sesenta soldados de Almuñécar, que, según ellos decían, habían salido a cobrar una manada de ganado que les llevaban los moros; y alargáronse tanto, que no se atrevían a volver, por temor de alguna emboscada. Otro día bien de mañana partió Arévalo de Zuazo la vuelta del peñón de Fregiliana, que estaba legua y media de allí; y llegó al pie dél a las diez horas del día por la parte de una fuente que llaman del Álamo, que cae entre poniente y mediodía, donde está un llano espacioso para poderse revolver la caballería. Allí hallaron algunos bagajes, ropa y bastimentos, que no habían tenido lugar de poderlo subir arriba los moros que iban a meterse en el fuerte; de donde se entendió que si los de Vélez no se detuvieran tanto en salir, los alcanzaran fuera del peñón, y con cualquier número de gente se pudiera hacer mucho efeto. Este peñón está entre el lugar de Competa y la mar; tiene a levante el río de Chíllar, que corre por asperísimas quebradas de sierras; a poniente el de Lautín, que con igual aspereza se va a meter en la mar; a tramontana hace la sierra de Bentomiz una quebrada muy honda, de donde comienza a subir el peñón en mucha altura; y al mediodía vuelve a bajar con otra descendida muy áspera, que se parte en dos lomas: la una va entre levante y mediodía a dar al lugar de Fregiliana, y la otra, más a poniente, al castillo de Nerja; y quedando el peñón mucho más alto que ellas, sin padrastro que de ninguna parte le señoree, tiene las entradas tan fragosas de riscos y de peñas tajadas, que poca gente puesta arriba las puede defender a cualquier numeroso ejército. Por la parte del río de Chíllar se saca una acequia de agua con que se regaban las tierras y hazas de Fregiliana, que estaba en este tiempo despoblada, y pasa la acequia al pie del peñón, que era la ocasión principal que los movió a meterse allí, porque no se les podía quitar el agua sin grandísima dificultad; y la fuente del Álamo, que está a estotra parte, entre poniente y mediodía, les caía algo arredrada. En lo alto del peñón se hace un



### La batalla del Peñón de Frigiliana

Extraída del libro "Historia de la rebelión y castigo de los moriscos del Reino de Granada" de Luis de Mármol y Carvajal

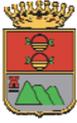
espacioso ámbito no muy llano ni muy áspero, donde pudieran caber todos los moradores de la sierra de Bentomiz, y mayor número, si lo hubiera. Los moros pues, habiéndose retirado a lo alto, se pusieron en defensa, entendiendo que los cristianos, como hombres de guerra, asentarían su campo y después harían su requerimiento; y según nos certificaron algunos dellos, estuvieron tan desconformes y confusos cuando vieron ir tanto número de gente, que la mayor parte quería darse a partido; y por ventura se rindieran todos, y no costara tanta sangre cristiana como costó. Estando pues Arévalo de Zuazo tratando de lo que se debía hacer, una manga de soldados que había enviado a reconocer se alargaron más de lo que convenía la cuesta del peñón arriba, escaramuzando con algunos moros que les salieron al encuentro; los cuales fueron luego retirándose hacia lo alto, peleando tan tibiamente, que parecía ceder la entrada a los nuestros. A este tiempo Arévalo de Zuazo hizo caminar la demás gente, y comenzaron a pelear, siguiendo a los que se retiraban; mas luego acudieron hacia aquella parte los caudillos, que se habían puesto a hacer su consejo, cuando vieron ir los cristianos a ellos, y el Darra vistoso delante de todos con un palo en la mano, dando grandes voces y muchos palos a los que se iban retirando. Entre miedo y vergüenza los hizo volver sobre los nuestros, que todavía porfiaban por ir adelante con tan peligrosa como inconsiderada determinación, porque estaban más de tres mil moros puestos en ala a la parte alta; y aunque había entre ellos pocos escopeteros y ballesteros, tenían muchos honderos, y arrojaban tanta piedra, que parecía estar sobre nuestra gente una nube de granizo; y era tan grande el crujido de las hondas, que semejava una hermosa salva de arcabucería; y las piedras venían con tanta furia, que aun las armas ofensivas eran poco reparo contra ellas. Vimos una rodela que pasó un moro este día con una piedra, teniéndola un soldado embrazada, y estaba una guija larga tan gruesa como el puño metida por ella, que pasaba la mitad de la otra parte. Acudiendo pues gente de un cabo y de otro, cargaron los enemigos de manera, que se hubieron de retirar los nuestros sin orden, dejando algunas banderas en peligro de perderse; y sin duda se perdieran las de Alonso Zapata y Juan Moreno de Villalobos, si ellos propios no las socorrieran y retiraran peleando y resistiendo el ímpetu de los enemigos. Valió mucho a nuestra infantería no osar salir los moros de la aspereza de su peñón por miedo de la caballería, que veían estar puesta en escuadrón, esperando que bajasen a lugar donde poderse aprovechar dellos, porque pelearan determinadamente hasta llegar a las espadas; y aunque murieron muchos de arcabuzos, bajando descubiertos a la ofensa de nuestra arcabucería, que les tiraba de mampuesto, todavía mataron ellos veinte cristianos y hirieron más —270→ de ciento y cincuenta, y hicieron mayor daño si tuvieran armas y osaran seguir el alcance. Retirada la gente y curados los heridos, Arévalo de Zuazo mandó tocar a recoger, y sin intentar más la fortuna de la empresa, volvió aquella noche bien tarde a Vélez con poco contento y mucho deseo de castigar a aquellos bárbaros.



## Capítulo XIX

Cómo tuvo aviso el marqués de los Vélez en Berja que Aben Humeya iba sobre él, y se apercibió para esperarle

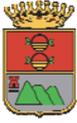
Estaba el marqués de los Vélez con un pequeño campo en Berja, porque, como atrás queda dicho, se le había ido la mayor parte de la gente, unos por ir a poner en cobro lo que habían ganado, y otros no pudiendo sufrir el trabajo y la grande necesidad que allí se pasaba. Y como era hombre cuidadoso de su cargo, procuraba siempre saber lo que el enemigo hacía, y habiendo algunos días que no tenía nueva cierta dél, fue avisado como en la cumbre de un cerro cerca del alojamiento se veía cada noche un fuego, que parecía ser señal que los moros hacían; y mandando a un cuadrillero, llamado Francisco de Cervantes, que con veinte soldados de su cuadrilla fuese de parte de noche a ver lo que era, puso tan buena diligencia, que le trajo preso un moro espía de Aben Humeya, que, según lo que después se entendió, hacía de noche aquel fuego, y de día se escondía en el cañón de la chimenea de una casa en Dalías. Traído este moro a Berja, el Marqués le mandó dar tormento, y confesó como Aben Humeya había juntado toda la gente de guerra de la Alpujarra en el lugar de Válor, y que había hecho reseña general y pasaban de diez mil moros los que tenía juntos, mucha parte dellos armados de arcabuces y ballestas, y que tenía acordado de dar con toda aquella gente una alborada en Berja; porque habiendo enviado a decir a los moriscos del Albaicín de Granada y de la Vega y a los del río de Almanzora que cómo se sufría ver a su rey con las armas en las manos por su libertad, y estarse ellos quedos, teniendo obligación de ser los primeros, y que si no se alzaban luego, había de dar orden como los cristianos los destruyesen a todos; le habían respondido que mientras el marqués de los Vélez estuviese con campo formado en la Alpujarra no osarían determinarse, y que cuando le tuviese muerto o preso, ellos se levantarían; y que en tanto que se aprestaba para hacer aquella jornada, queriendo saber si el campo se mudaba de Berja, tenía puesta aquella espía, y la señal de que se estaba todavía quedo eran aquellos fuegos que hacía cada noche. Habían prendido los moros aquellos días cinco espías de nuestro campo, y el marqués de los Vélez estaba muy con cuidado, teniendo por ruin señal la demasiada diligencia que ponían; y viendo la confesión del moro, entendió que sin duda decía verdad, y que daban orden en algún acometimiento; y deseando tener más certidumbre de lo que tanto convenía saber, el capitán Tomás de Herrera, a cuyo cargo estaba la gente de a caballo de Adra después de la muerte de Diego Gasca, salió de parte de noche con algunos compañeros, y prendió tres moros, y los trajo maniatados al campo. El marqués de los Vélez se lo agradeció mucho, y mandando al licenciado Navas de Puebla, su auditor general, que les diese tormento, los dos dellos no quisieron confesar nada, y el tercero declaró ser verdad lo que la espía había dicho, y dijo que le ahorcasen si Aben Humeya no venía a dar sobre el campo dentro de tres o cuatro días, y que traería consigo toda la gente que tenía recogida en Válor, repartida en tres mangas, y con la una acometería el lugar por lo llano, para tirar la caballería hacia aquella parte y poder acometer más a su salvo con las otras dos los alojamientos; porque desta manera entendía dividir a los cristianos, para que en ninguna parte fuesen poderosos ni le resistiesen; y que todos los moros que venían con él era gente escogida, que el más mozo pasaba de veinte años y el mayor no llegaba a cuarenta. Estas confesiones acrecentaron el cuidado al marqués de los Vélez, y mucho más un día que llegaron los moros a correr a Berja y se llevaron ciertos bagajes de mozos que andaban haciendo yerba para los caballos; cosa que hasta entonces no habían osado acometer, entendiendo que su venida era ensayo para ver si la gente acudía de golpe al rebato, y qué tanto trecho se alargaba la caballería de la infantería. Queriendo pues hacer reseña y ver los soldados que tenía, sin que se entendiese para el fin que se hacía, mandó que



#### La batalla del Peñón de Frigiliana

Extraída del libro "Historia de la rebelión y castigo de los moriscos del Reino de Granada" de Luis de Mármol y Carvajal

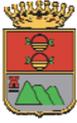
saliesen caballos y infantes, como por vía de regocijo, a escaramuzar al campo, y después, siendo bien tarde, hizo llamar a don Juan Enríquez, que ya había vuelto de Granada, y a don Diego, don Juan y don Francisco Fajardo y a don Diego de Leiva, y a otros caballeros y capitanes que intervenían en su consejo; y cuando los tuvo juntos en su posada anduvo un gran rato paseándose por un aposento sin decirles nada, no sabiendo qué se hacer. Consideraba que si publicaba la venida de Aben Humeya se le iría la mayor parte de la gente que allí tenía, que no llegaban a dos mil y quinientos hombres de a pie y de a caballo; si lo encubría, temía que le hallaría el enemigo desapercibido; y al fin, habiendo estado vacilando en su entendimiento, les dijo desta manera: «Pensarán, señores, que lo que se ha hecho hoy ha sido por regocijo; pues quiero que sepan que fue para entender qué soldados tenemos, porque no he querido hacer muestra general, y hallo infantería muy ruin y caballos pocos y no muy buenos. Sin falta han de dar los moros esta noche en nuestro alojamiento: vean lo que les parece que hagamos; que demás de ser la gente de la calidad que digo, ya hemos visto el sitio en que estamos; no es fuerte ni seguro ni lo podemos defender. Si nos vamos de aquí, perdernos hemos, y si esperamos también». Y repitiendo estas últimas palabras muchas veces, don Juan Enríquez le respondió que, pues sabía cuán poco fuerte era aquel sitio, ¿cómo no había mandado hacer un reducto en él y fortificádole, en un mes que había que estaba allí alojado? A lo cual respondió el Marqués muy enojado: «A eso no puedo decir nada hasta que estotro se haya acabado con bien o con mal». Y pasando la plática adelante, se tomó resolución que el mejor remedio en tanta brevedad sería mandar que los soldados se recogiesen a sus banderas y estuviesen con las armas para las manos, porque no los tomasen los enemigos descuidados. Este consejo pareció bien al Marqués; mas no quiso que se publicase el fin para qué lo hacía, sino que se les dijese que quería mudarse a otro alojamiento cerca de aquel en un sitio llano, apacible para los caballos. Con este acuerdo mandó al capitán Rodrigo de Mora, que servía el oficio de sargento mayor, que hiciese tocar a recoger, y que pusiese la gente toda en sus ordenanzas, y hiciese cargar los bagajes, diciéndoles que para mudar alojamiento; y por otra parte dijo a los del consejo que secretamente avisasen a los capitanes del intento, porque no se descuidasen y estuviesen apercebidos con los soldados. Hubo algunos que dieron el aviso tan diferente de lo que se había tratado, que solamente dijeron que, aunque viesen tocar las cajas, no se alborotasen, porque no era para más que recoger la gente; cosa que hubiera de costarles a todos caro. Finalmente el Marqués hizo reforzar los cuerpos de guardia, doblar las centinelas y poner gente de a caballo a lo largo, para que pudiesen avisar con tiempo; y con las armas a cuestras, que siempre las traía a prueba de arcabuz, y el caballo ensillado y enfrenado, estuvo lo que faltaba de la noche aguardando al enemigo.



## Capítulo XX

### Cómo Aben Humeya acometió el campo del marqués de los Vélez en Berja

Habían partido aquella tarde de Ugíjar Aben Humeya y don Hernando el Zaguer y Jerónimo el Maleh y Aben Mequenun y Juan Gironcillo, y otros muchos capitanes moros, con más de diez mil hombres; y llegando cerca de Berja a tiempo que los atambores del campo tocaban a recoger, aunque sospecharon que habían sido sentidos, no por eso dejaron de proseguir su camino. Llevaban delante muchos moros con las camisas vestidas sobre los sayos, a manera de encamisada, para conocerse en la escuridad de la noche; luego seguían al pie de dos mil hombres, entre los cuales iban muchos berberiscos con guirnaldas de flores en las cabezas, porque habían jurado de vencer o morir muxehedines, que quiere decir mártires por la ley de Mahoma. Estos desventurados, engañados del demonio, que no temen la muerte, con vana esperanza de gloria eterna, se meten en grandes peligros de la vida, y llegaron tan determinadamente a nuestras centinelas, que no les dieron lugar a retirarse con tiempo, y entraron todos revueltos en el lugar, los unos tocando arma, y los otros dando el asalto con tanta furia de escopetería y tan grandes voces y alaridos a su usanza, que atronaban todos aquellos campos. Su entrada fue por el cuartel donde estaba el capitán Barrionuevo, vecino de Chinchilla, con una compañía de los manchegos de los lugares reducidos, que fueron del marquesado de Villena; y no hallando la defensa que fuera razón que hubiera en gente prevenida, pasaron tan adelante, que apenas se pudo el marqués de los Vélez poner a caballo para salir a la plaza de armas, que estaba junto con su posada, cuando ya estaban bien cerca dél. En este tiempo hubiera de ser dañoso el consejo del Marqués, porque los soldados se embarazaban con los bagajes, y los bagajes embarazaban las calles; y si los enemigos acertaran a entrar por la puerta por donde iban a salir, mataran mucha gente y pudiera ser que desbarataran el campo. Pasado pues el primer ímpetu del temor, que los había hecho retirar a los cuerpos de guardia, los caballeros Fajardos, y los capitanes Gualtero, Mora y León, que tenían a cargo la infantería, con hasta quinientos soldados resistieron, y acudiéndoles la gente que aun no se había acabado de recoger a las banderas, pelearon valerosamente con los porfiados enemigos, que trabajaban por salir con la vitoria, y matando muchos dellos, los hicieron detener. Estaba a todo esto quedo el marqués de los Vélez en la plaza con la caballería sin hacer acometimiento, esperando ver buena ocasión para poder salir, porque tenía puesta su confianza en ella, y no quiso oponerla al primer ímpetu de los enemigos; y Aben Humeya, viendo lo que le importaba salir con la vitoria, enviaba siempre gente de refresco; la cual, aunque no era tan furiosa como la primera, su gran número suplía la furia, y eran tantas las pelotas y saetas que caían sobre los alojamientos, que no había parte segura en todo el lugar. Creciendo pues los ánimos con las nuevas fuerzas, la pelea se renovó de manera, que el marqués de los Vélez hubo de acudir en persona a favorecer a los suyos, dejando a don Francisco Fajardo en la plaza con un escuadrón de infantería; y saliendo por un portillo que hizo romper en una tapia, porque la calle estaba tan llena de bagajes, que no podían pasar los caballos, acometió por dos veces a embestir con los enemigos. Mas don Juan Enríquez se le puso delante, diciéndole que se acordase de lo que la espía había dicho, y se detuviese hasta ver si por lo llano acudía mayor golpe de gente; el cual envió a don Alonso Habiz Venegas a que reconociese si había alguna polvareda o señal de más moros al derredor del lugar. A este tiempo ya nuestra gente llevaba lo mejor de la pelea y los moros se ponían en huida; y dando su propio desbarate mayor osadía a los soldados, los acabaron de romper; y siguiendo a don Diego Fajardo ya de día claro, fueron tras dellos por las huertas, hasta llegar a unas puntas que bajan de Sierra Nevada. Don Juan Fajardo subió por la sierra arriba con quinientos

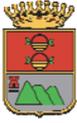


arcabuceros, y el capitán León fue con otros docientos por el camino de Dalías. Quedaron atajados dentro del lugar en una calle sin salida sesenta y seis de los muxehedines, y allí fueron todos muertos. Murieron este día mil y quinientos moros, y perdieron diez banderas y algunos caballos y yeguas que llevaban con sillas y frenos, y muchos bagajes cargados de bastimentos. De los nuestros murieron veinte y dos soldados y dos escuderos, y hubo muchos heridos. Fue de mucha importancia este buen suceso; porque si el enemigo saliera de allí con opinión, no quedara morisco que no se alzara en todo el reino de Granada. Los que escaparon huyendo por las sierras llegaron a la taa de Andarax tan cansados y faltos de aliento, que si el marqués de los Vélez no detuviera la gente que los seguía, pudieran degollarlos con facilidad; mas no les consintió pasar adelante, temiendo siempre que Aben Humeya haría algún acometimiento por otra parte; y recogiendo toda la gente, se volvió a su alojamiento. Fue luego avisado que ciertos soldados, cuando los moros acometieron el lugar, se habían metido en unas torres mientras los compañeros peleaban; y haciéndolos traer ante sí, les preguntó de qué compañías eran; y diciéndole que de la de la Mancha, no poco temerosos que los mandaría castigar, se rió, y les dijo desta manera: «No me maravillo que los que no conocéis la condición de los moros ni os habéis visto con ellos, temáis sus gritos y algazaras; mas pues sois españoles, y no os falta otra cosa para ser soldados sino haber tratado con moros, la penitencia que os quiero dar por el descuido que habéis —272→ tenido es que recojáis todos los cuerpos muertos, y los amontonéis y queméis, porque desta manera perderéis el miedo que tenéis cobrado». Y mandando al auditor Navas de Puebla que fuese con ellos, juntaron mil cuatrocientos noventa y cuatro cuerpos de moros muertos, y los quemaron. Quemó también el auditor noventa moros que se hicieron fuertes en unas casas de molinos fuera del lugar; y porque el campo no estaba ya bien en aquel alojamiento, donde se padecía tanta necesidad de vituallas, se pasó a la villa de Adra ocho días después de la vitoria. Allí se entretuvo muchos días con el trigo que los soldados traían del campo de Dalías, hasta que después se le envió más gente, y se le dio orden para entrar en la Alpujarra, que no fue poca parte para ello este suceso.

## Capítulo XXI

Cómo don Antonio de Luna fue sobre el lugar de las Albuñuelas, estando de paces, porque  
recetaban moros de guerra

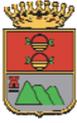
Hacían los moros tantos daños en este tiempo a la parte de Granada, Loja y Alhama, captivando, matando y robando los cristianos, que no había ya cosa segura en todas aquellas comarcas; y de ordinario se ponían los de los lugares del Valle a esperar en el barranco de Acequia las escoltas que iban con bastimentos a los presidios de Tablate y de Órgiba; y algunas veces mataban los soldados y bagajeros, y se las llevaban, no embargante que decían estar reducidos. Y por que se entendió que se hallaban en ello muchos de los vecinos del lugar de las Albuñuelas, que estaba de paces, y que allí se acogían los otros, tomando don Juan de Austria el parecer del presidente don Pedro de Deza, determinó que se hiciese castigo ejemplar en ellos, diciendo que si jamás había sido guerra gobernada con severidad, en esta era necesario y muy conveniente reducir la disciplina militar a su antigua costumbre, para que los demás pueblos temiesen. Consultado pues con su majestad, se mandó a don Antonio de Luna, que con la gente de a pie y de a caballo que estaba alojada en las alcarías de la Vega, y con las cien



### La batalla del Peñón de Frigiliana

Extraída del libro "Historia de la rebelión y castigo de los moriscos del Reino de Granada" de Luis de Mármol y Carvajal

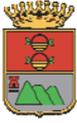
lanzas de Écija, del cargo de Tello González de Aguilar, fuese a hacer el efeto del castigo que se pretendía; y porque el alguacil Bartolomé de Santa María había servido con avisos ciertos y de importancia, y no era justo que llevase igual pena que los malos, envió al beneficiado Ojeda, que era grande amigo suyo, y con la gente a que mirase por él. Llegó don Antonio de Luna al Padul el primer día del mes de junio, y allí supo cómo un día antes se había pregonado en las Albuñuelas que ningún vecino recogiese moro forastero, y que los que había en el lugar se saliesen luego fuera; y pareciéndole que debían de estar avisados, no quiso partir aquel día, hasta dar noticia a don Juan de Austria; el cual le envió a mandar que sin embargo ejecutase lo acordado. Con esta segunda orden partió del alojamiento de parte de noche, llevando consigo a don Luis de Cardona, hijo mayor del duque de Soma; y encontrando en el camino cuatro moriscos, que venían de las Albuñuelas al Padul con las cargas de pan que daban cada semana de contribución para la gente de guerra de aquel presidio, los mandó alancear, y sin detenerse pasó adelante, y dio sobre el barrio del lugar principal siendo ya de día. Lope, famoso monfí, que estaba dentro con gente de guerra, tuvo lugar de huir a la sierra; y quedándose la mayor parte de los vecinos disimuladamente en sus casas, como hombres que les parecía no haber cometido delito, y que bastaría para su disculpa haber echado fuera los moros forasteros, en sintiendo el estruendo de los soldados, que entraban furiosos por las calles, salieron algunos a dar su descargo; mas así ellos como los demás fueron muertos, sin que el beneficiado Ojeda tuviese tiempo de poder guarecer a su amigo el alguacil. La gente inútil huyó la vuelta de la sierra, pensando poderse salvar hacia aquella parte; mas Tello González de Aguilar, que iba de vanguardia con los caballos, los atajó por una ladera arriba, y hizo volver hacia abajo más de mil y quinientas mujeres y gran cantidad de bagajes, que todo ello vino a poder de la infantería. Y hubiérase de perder él en este alcance, porque yendo la sierra arriba se le metió el caballo entre dos peñas en una angostura tan grande, que ni lo pudo revolver ni pasar adelante, y le fue necesario apearse y dejarlo; mas luego acudieron dos escuderos de su compañía, y no lo pudiendo sacar, lo despeñaron por un barranco abajo; y dando sobre un montón de arena que tenía recogida la corriente del agua, se mancó de un brazo, y todavía bajaron por él y se lo llevaron, manco como estaba, no queriendo que en ningún tiempo se dijese que los moros habían tomado el caballo de su capitán. Este día un animoso moro se hizo fuerte en su casa con una ballesta en las manos, y por la ventanilla de un aposento mató al abanderado de la compañía de don Pedro de Pineda, que con la bandera entraba a buscar qué robar; y lo mismo hizo a otros dos soldados que quisieron retirar a cobrar la bandera. A esto acudió luego don Pedro de Pineda, y un soldado de su compañía, llamado Zayas, vecino de Sevilla, se lanzó animosamente con el moro cubierto de una rodela y una celada, que fue bien provechosa; y como el moro errase su tiro, Zayas le atravesó de una estocada; y el moro, pasado de parte a parte, cerró con él, y bregando le quitó una daga que llevaba en la cinta, y le hirió con ella sobre la celada tan reciamente, que se la hendió, y le matara si no fuera por ella. Mas al fin, no pudiendo resistir el desmayo de la muerte, cedió, y cayendo en el suelo, le cortó el soldado la cabeza, y el capitán retiró su bandera. Hecho esto, los capitanes y soldados quisieran saquear las casas, porque estaban llenas de muchas riquezas que habían traído de otros lugares, a causa de estar aquel de paces, y no les parecía que era bien dejarlas a los enemigos; mas don Antonio de Luna no lo consintió, diciendo que tenía aviso que venían de las Guájaras más de seis mil moros a las ahumadas, y que no convenía detenerse; y aunque hubo hartos requerimientos sobre ello, se hubieron de quedar las casas llenas. Volvió nuestra gente aquel día al Padul, que está dos leguas de allí, con más de mil y quinientas almas captivas, y gran cantidad de bagajes y de ganados de toda suerte. Esta presa mandó don Juan de Austria que se repartiese entre los soldados, dando las moras por esclavas; y dio libertad a la mujer y hijas y sobrinas de Bartolomé de Santa María, pagando por ellas a los que les habían cabido por suerte seiscientos ducados de la hacienda de su majestad; y demás desto, les dio licencia para que pudiesen vivir en Granada, o donde quisiesen en aquel reino.



## Capítulo XXII

Cómo el comendador mayor de Castilla llegó a la playa de Vélez, y avisado del suceso del peñón de Frigiliana, determinó de hacer la empresa por su persona con la gente que llevaba

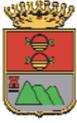
El comendador mayor de Castilla llegó a Adra a 1º de mayo, y no se deteniendo allí más de una hora, pasó con veinte y cinco galeras que llevaba a la ciudad de Almuñécar, donde fue avisado de todo lo que había sucedido a nuestra gente en el peñón de Frigiliana, en la sierra de Bentomiz. Y navegando hacia la playa de Vélez, llegó a la torre de la Mar, que está poco más de media legua de la ciudad, a tiempo que Arévalo de Zuazo estaba con harto cuidado de deshacer los moros que allí se habían juntado; el cual acudió, luego que vio las galeras, a la marina. Y como el Comendador mayor, deseoso de saber en particular lo que había pasado, y el estado en que estaban las cosas de aquel partido, enviase una fragata a tierra, Arévalo de Zuazo se metió luego en ella, y fue a verse con él a la galera real, donde trataron del negocio, y de lo mucho que convenía deshacer aquellos moros antes que se hiciesen más fuertes con socorros forasteros, expugnando aquel peñón, donde estaba recogida la gente y riqueza de la sierra de Bentomiz. El Comendador mayor, que ninguna cosa deseaba más que emplear aquellos soldadas tan aventajados donde pudiesen ser de provecho, dijo que holgara de tomar la empresa por su persona; mas que no traía orden para ello, ni venía proveído de bastimentos ni de las otras cosas necesarias; y que le parecía, según la cantidad de enemigos le decían que había juntos en sitio tan fuerte, que sería menester mayor número de gente, y una provisión muy de propósito. Mas al fin satisfizo a todas estas dificultades su buen deseo, y entender del Corregidor la cantidad de caballos y peones que se podrían juntar de su corregimiento, y la provisión de bagajes y bastimentos que se podría hacer en él. Solo faltaba la orden; y mientras se aprestaban las otras cosas, envió por la posta a don Miguel de Moncada, caballero catalán, su primo, a Granada, a que informase a don Juan de Austria de aquel negocio, y se la pidiese. Partido don Miguel de Moncada, mandó el Comendador mayor desembarcar la gente, y haciendo reseña, halló que tenía dos mil y seiscientos soldados de los de Italia, y cuatrocientos de los ordinarios de las galeras; y por no perder tiempo, mientras le venía la orden de don Juan de Austria, envió a don Martín de Padilla, que después fue adelantado de Castilla y general de las galeras de España, con docientos arcabuceros de los de Vélez y sesenta caballos, a reconocer el fuerte y a ver si andaban los moros desmandados fuera dél, de quien poder tomar lengua. Don Miguel de Moncada llegó a Granada, y hizo relación en el Consejo del negocio a que iba; y con orden que el Comendador mayor hiciese la jornada, volvió con la misma diligencia a la ciudad de Vélez. Y luego envió el Consejo a mandar a don Gómez de Figueroa, corregidor de Loja, Alhama y Alcalá la Real, y al licenciado Soto, alcalde mayor de Archidona, que con el mayor número de peones y caballos que pudiesen recoger en sus gobernaciones fuesen a juntarse con él, entendiendo que sería menester más fuerza de gente de la que tenía para hacer aquel efeto; mas cuando llegaron fue ya tarde, por mucha priesa que se dieron.



## Capítulo XXIII

Cómo el Comendador mayor juntó toda la gente en Torrox, y de allí fue a poner su campo sobre el peñón de Fregiliana

Estando pues apercebido todo lo necesario para la jornada, a 6 del mes de junio del año de 1569 partió Arévalo de Zuazo de Vélez con dos mil y quinientos infantes y cuatrocientos caballos de las dos ciudades de su corregimiento, y fue a poner su campo cerca del lugar de Torrox, en un sitio fuerte cerca del río. El mismo día saltó en tierra el comendador mayor de Castilla, y acompañado de don Juan de Cárdenas, que agora es conde de Miranda, y de don Pedro de Padilla y de don Juan de Zanoguera, y de otros caballeros y capitanes, fue a reconocer el fuerte, y de vuelta vio la gente de las ciudades, que le dio mucho contento verla tan bien en orden. Aquella noche se volvió a las galeras, y otro día desembarcó su infantería en la playa del castillo de Torrox; y puestos los unos y los otros en sus ordenanzas, caminaron los dos campos, apartado el uno del otro, la vuelta de los enemigos. El Comendador mayor fue a poner su campo en la fuente del Álamo, y el Corregidor de la otra parte, donde llaman la fuente del Acebuchal, en una umbría que cae entre cierzo y levante, cerca del puerto Blanco. Capitanes de la infantería de Málaga eran Hernán Duarte de Barrientos, don Pedro de Coalla, Gómez Vázquez, Luis de Valdivia y el jurado Pedro de Villalobos; y de la de Vélez Antonio Pérez, Marcos de la Barrera y Francisco de Villalobos; y de la caballería Luis de Paz; y sargentos mayores el capitán Berengel Cáncer de Omos y Martín de Andía, vecinos de Vélez. Don Martín de Padilla reconoció el peñón, y refirió que era muy fuerte, y que no se podría subir a él sin grandísimo trabajo y peligro; y aunque al Comendador mayor le pareció lo mesmo, su mucha prudencia y gran valor le hizo dar a entender a los soldados que había menos dificultad de la que parecía, diciéndoles que no había cosa tan áspera, donde la virtud y el esfuerzo del buen soldado no hiciese camino. Era el sitio que el Corregidor tenía, áspero y poco seguro; mas convenía mucho tenerle ocupado, por ser aquella la entrada por donde podía ser socorrido el enemigo, de la gente de la Alpujarra; y para ver cómo se había alojado el campo, y dar orden en lo que se había de hacer, pasó luego el Comendador allá, y vuelto a su alojamiento, estuvieron aquella noche todos puestos en arma, sin que hubiese cosa notable. Otro día de mañana se trabaron dos escaramuzas, la una con la gente de Vélez Málaga, defendiendo a los moros el agua del acequia, y la otra con don Miguel de Moncada, que fue a reconocer el peñón por la parte de levante con setecientos arcabuceros y cincuenta caballos; el cual anduvo al pie dél hasta llegar a la loma de Fregiliana, y subió tanto por ella escaramuzando con algunos moros, que llegó a descubrir el llano que se hace en la cumbre del peñón, y vio tantas tiendas y chozas de rama, que parecía estar junto en aquel sitio un ejército numeroso de gente. En estas escaramuzas murieron algunos moros, y se retiraron los cristianos a sus alojamientos sin daño. Estando apercebidos los ánimos y las armas para el asalto tan deseado de nuestra gente, la víspera de San Bernabé en la noche dio orden el Comendador mayor a los capitanes de lo que cada uno había de hacer. Por la [-274-](#) loma de los Pinillos, que cae entre poniente y mediodía, donde primero había estado Arévalo de Zuazo, mandó que fuese don Pedro de Padilla con tres mangas de infantería de su tercio, reforzadas a manera de escuadrones; por la otra, que llaman de Fregiliana, que cae a la mano derecha, don Juan de Cárdenas, hermano de don Pedro de Zúñiga, conde de Miranda, a quien después sucedió en el estado, con cuatrocientos aventureros y alguna gente de Italia; don Martín de Padilla, que agora es adelantado de Castilla y conde de Santa Gadea, por otra lomilla que se hace entre estas dos, con trecientos soldados de los de Galera y alguno de Málaga y Vélez, y una compañía de los del tercio de Nápoles; y por la parte de Puerto Blanco, hacia la umbría que dijimos, mandó que

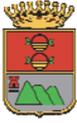


subiese la gente de las dos ciudades que estaba alojada hacia aquella parte, por la loma que dicen de Conca. Y porque el asalto había de ser a un mismo tiempo, y no se descubrían los unos a los otros, les ordenó que llegando a sus puestos hiciesen ahumadas, y que no se moviesen hasta oír tirar una pieza de artillería de su cuartel. En el siguiente capítulo diremos cómo se combatió y ganó el fuerte.

## Capítulo XXIV

### Cómo se combatió y ganó por fuerza de armas el fuerte de Fregiliana

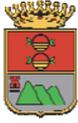
Cuando estuvo la gente apercebida y puesta en sus lugares para en oyendo la señal dar el asalto, los soldados de Italia que iban con don Pedro de Padilla, queriendo llevarse la honra y el premio de la vitoria, se anticiparon, y comenzaron a subir animosamente por el cerro arriba; mas presto fueron pocos los que quedaron libres de muertes o de heridas, porque los moros los aguardaron muchos detrás de sus reparos, y tirando muchas saetas y piedras, aunque pocas escopetas, porque no las tenían, los tuvieron arredrados con daño. Y aun se comenzaron a retirar, cuando el Comendador mayor, viendo la desorden, mandó dar la señal del asalto, para que no se acabasen de perder aquellos soldados atrevidos; lo cual se hizo con tanta furia y presteza, que daba bien a entender nuestra gente el deseo que tenía de llegar a las manos con los bárbaros infieles, subiendo por laderas tan ásperas y fragosas, que aun huyendo temieran otros de ir por ellas. Hubo muchos que antes de llegar arriba iban vencidos del cansancio, que les doblaba la necesidad de irse apartando y encubriendo de las peñas y piedras que los enemigos echaban rodando sobre ellos, que no era el menor peligro. A este se les juntaba otro inconveniente muy grande, y era que la loma por donde subían no tenía buena arremetida, y los moros industriosamente habían arrancado las matas y cortado los estribos que hacían las peñas, porque no hallasen los soldados donde estribar con los pies ni de qué asir con las manos; mas aunque estas dificultades aguaban el ímpetu de los animosos veteranos, muchos las vencieron con valor propio, hasta llegar a pegarse con los reparos de los enemigos. Allí se trabó una pelea harto reñida y porfiada de entrambas partes, no se oyendo más que un horrible estruendo de armas y los dolorosos gemidos de los que caían con desigualdad de las partes, por ser el sitio más favorable a los moros que a los nuestros. Ya comenzaban a salir del fuerte animosos bárbaros, que con pronta ligereza herían y mataban cristianos, y nuestra gente se retiraba para tornarse a rehacer, viendo que se peleaba con adversa fortuna, cuando las compañías de las ciudades de Málaga y Vélez, en oyendo la arcabucería, comenzando a subir por la loma o cuchillo de Conca, donde había una larga legua de cuesta, vinieron a conseguir la deseada vitoria, ayudados de la desorden de los soldados de Italia. Estaban confiados los enemigos de la natural fortaleza que sin artificio de hombres tenía el peñón por aquella parte, atajando la entrada una peña tajada tan sin camino ni vereda, que parecía imposible poderla hollar hombre humano; y desta causa había acudido el golpe de la gente hacia donde les pareció haber más necesidad de resistencia. Iba la infantería repartida por tres partes, unos por la loma de Puerto Blanco, otros por la mesma umbría, y el mayor golpe de gente por el cuchillo que dije de Conca, y el Corregidor con los caballos, de retaguardia; solos docientos soldados quedaron de guardia de los alojamientos. Llegando pues los delanteros a la peña que dijimos, aunque hallaron alguna resistencia, comenzaron a subir a



### La batalla del Peñón de Frigiliana

Extraída del libro "Historia de la rebelión y castigo de los moriscos del Reino de Granada" de Luis de Mármol y Carvajal

gatas y como mejor podían, ayudándose unos a otros, no sin muertes de algunos animosos, que señalaron con su sangre el camino por donde habían de ir los compañeros. Gonzalo de Bozmediano, vecino de Vélez, alzó arriba una tobaja blanca en la punta de la espada, y los alféreces Hernando de Caraveo, vecino de Málaga, y Gaspar Cerezo, vecino de Vélez, cada uno por su parte, fueron los primeros que arbolaron sus banderas y las campearon sobre el fuerte, acompañados de sus capitanes y soldados, que animosamente vencieron la dificultad de la subida y la ofensa de los enemigos, siendo bien servidos de piedras y saetas por aquella parte, y fueron ocupando tanto espacio del fuerte, que la otra gente tuvo lugar de subir arriba. Luego subieron los trompetas a pie y comenzaron a tocar el son de vitoria, con que se acobardaron y perdieron el ánimo los enemigos, y lo cobraron los esforzados del tercio de Nápoles, que habían tornado a renovar el asalto, y les iba tan mal en él como en el primero, y el Comendador mayor los mandaba ya retirar. Cobrando pues nuevo aliento, no de otra manera que si entonces se comenzara la pelea, de docientos moros o más que habían salido a darles carga, ninguno volvió al fuerte, que todos los pasaron a cuchillo; y hallando desocupada la entrada, cargaron a los otros de manera, que arrojándose por aquellos despeñaderos abajo, pusieron su esperanza en los pies, buscando lo más fragoso de la sierra, donde poderse guarecer huyendo. El mayor golpe de los enemigos fue dar a dos cañadas que caen, la una cerca de la loma de Fregiliana, y la otra hacia Puerto Blanco, donde los caballos que llevaba Arévalo de Zuazo dieron con ellos, y mataron muchos; otros acudieron a otras partes, que también cayeron en manos de la infantería. Finalmente, de cuatro mil moros que había en el peñón murieron los dos mil; los otros pudieron irse a la Alpujarra, y muchos dellos tan heridos, que murieron en el camino. Hubo algunas moras que pelearon como esforzados varones, ayudando a sus maridos, hermanos y hijos; y cuando vieron el fuerte perdido, se despeñaron por las peñas más agrias, queriendo más morir hechas pedazos que venir en poder de cristianos. A otras no les faltó ánimo para ponerse en cobro con sus hijos en los hombros, saltando como cabras de peña en peña. Fueron captivas tres mil almas, y el despojo de seda, oro, plata y aljófár valió mucho precio. Tomose gran cantidad de ganado mayor y menor, trigo, cebada y otros bastimentos que tenían recogidos en el fuerte en tanta cantidad, que pudieran sustentarse con ello muchos días. No hubieron los nuestros la vitoria sin sangre, porque murieron en los asaltos más de cuatrocientos hombres, y entre ellos don Pedro de Sandoval, sobrino del obispo de Osma, y hubo más de ochocientos heridos, la mayor parte dellos soldados de Italia, y casi todos los capitanes, y entre ellos don Juan de Cárdenas, don Antonio Luzón, don Luis Gaitán, Carlos de Antillón y otros caballeros. Ganado el fuerte y saqueado lo que había en él, el Comendador mayor se estuvo quedo en su alojamiento aquella noche, dejando encargadas las esclavas y el despojo que allí había al capitán don Alonso Luzón; y el siguiente día, habiendo hecho desbaratar los reparos y destruir los bastimentos y las otras cosas que no se podían llevar, y dado orden en curar los heridos, caminó la vuelta de Torrox, y de allí se embarcó para Málaga, donde fue bien recibido, y los ciudadanos con mucha caridad y amor recogieron los caballeros y soldados, y los acariciaron y hicieron curar, que lo habían bien menester, según el trabajo que habían pasado en la mar y en la tierra. Arévalo de Zuazo con la gente de su corregimiento se fue a Vélez, y los soldados que quedaron sanos fueron bien aprovechados; y lo fueran todos si el repartimiento de las esclavas que cupieron a los soldados del tercio de Nápoles se hiciera luego; mas dilatose algunos meses, hasta que se consumieron, como se suelen consumir las cosas de comunidad; y cuando vino a darse alguna parte, ya los que la habían de haber eran muertos o idos. No era bien acabado de ganar el fuerte de Fregiliana, cuando la gente de Loja, Alhama, Alcalá la Real y Archidona, que serían ochocientos hombres de a pie y de a caballo, llegaron a la sierra de Bentomiz, y viendo que no había qué hacer, la pasearon muy a su voluntad, y recogieron los ganados que pudieron haber en los campos, y de las casas de los moros sacaron muchos silos de ropa y joyas, que habían



### **La batalla del Peñón de Frigiliana**

Extraída del libro "Historia de la rebelión y castigo de los moriscos del Reino de Granada" de Luis de Mármol y Carvajal

dejado escondido cuando se subieron al peñón; y no con menor despojo que los que habían combatido se volvieron a sus casas.